



Artículo: Guillermo Palacios. La pluma y el arado: los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934. México, El Colegio de México, 1999

Autor(es): Valdéz Vega, Carmen Imelda

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 57

Año: 2000

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Valdéz Vega, Carmen Imelda. "Guillermo Palacios. La pluma y el arado: los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934. México, El Colegio de México, 1999" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 57 (2000): p. 58-60. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3949>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Obregón) y difícilmente estaban dispuestos a subordinarse de manera efectiva al mando de un líder con pocas capacidades y ganas de serlo. Enrique Plasencia señala una y otra vez cómo los colaboradores más cercanos de Adolfo de la Huerta eran quienes en realidad tomaban las decisiones que éste sólo reafirmaba: Sus continuos achaques y su desesperación por huir del país le quitaron más de un seguidor. También le quitaron las probabilidades reales de organizar el cúmulo de movimientos regionales y de intereses que se tejieron a su alrededor, lo que en términos más concluyentes significó su derrota. Como señala acertadamente nuestro autor, "el extremo regionalismo de los principales jefes militares de la llamada 'rebelión delahuertista' se pone de manifiesto en la imposibilidad de coordinar un avance sobre la capital" [p. 179].

El resultado de la rebelión parece haber sido muy positivo para el general presidente, no sólo por haberse deshecho de tantos enemigos poderosos y ambiciosos, sino también de algunos aliados con las mismas características. El caso de Felipe Carrillo Puerto es muy ejemplar: su asesinato desprestigió a los

delahuertistas, tachados de reaccionarios, pero también frenó el radicalismo en Yucatán, con el que ni Obregón simpatizaba, ni los "obreristas" Calles y Morones, más interesados en controlar desde el centro al movimiento obrero que en permitir que éste sirviera a los intereses de otros individuos. Así, como bien señala Plasencia, Obregón y Calles "perdieron a un aliado, pero ganaron algo mejor: un mártir" [p. 243]. Y no es necesario recordar que lo mejor de los mártires es que están muertos.

Antes de concluir, permítasenos sin embargo discurrir de una de las opiniones de Enrique Plasencia. Desde la introducción, nos advierte que "en esta historia el lector no encontrará ejemplos a seguir" (p. 9). Esta sentencia es, a lo sumo, un buen deseo, pues el autor de nuestro epígrafe señaló la importancia de que los políticos aprendieran su arte no en los tratados y filosofías, sino con el ejemplo de sus antecesores más ilustres y exitosos, como fue el caso de Álvaro Obregón a la hora de la rebelión delahuertista. Esperamos sinceramente que sean pocos los políticos que saquen lecciones de esta obra. □

Guillermo Palacios, *La pluma y el arado: los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos/Centro de Investigación y Docencia Económicas, 1999.

Carmen Imelda Valdez Vega

Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco

En amplio análisis sobre el proceso de construcción del imaginario social en el periodo posrevolucionario, Guillermo Palacios nos muestra diferentes propuestas acerca de la definición del campesinado, recoge imaginarios constituidos por los intelectuales pedagogos en torno al "problema campesino", nos muestra la forma en que estos intelectuales pedagogos pensaron al "nuevo" hombre rural y propone que la formación de estas representa-

ciones constituya un aspecto crucial en la construcción de las estructuras simbólicas y del imaginario del Estado emergente de la revolución. El autor privilegia el análisis del discurso pues considera que éste constituye el vehículo de formación de identidades y de representaciones del ser "campesino", "indígena", "indocampesino" y "maestro rural".

Concluida la etapa armada de la revolución mexicana era prioritaria la reconstruc-

ción del país en todos los ámbitos; en el cultural, los gobiernos posrevolucionarios implementaron una política que giró en torno a uno de los problemas centrales de esos años: el campesino. A la par de la reconstrucción económica y política era necesario reformular el nuevo paradigma de lo que debería ser el campesino y del papel que le correspondía jugar. Los intelectuales, pero sobre todo los "intelectuales pedagogos"—como los llama Palacios—definieron este proyecto cultural, contradictorio y heterogéneo, bajo la dirección de la recién creada Secretaría de Educación Pública (SEP).

Así, ejecutivos de esta Secretaría, junto con intelectuales de menor rango, se encargaron de definir una nueva moral con el montaje de una primigenia versión de la historia nacional. Lo anterior tenía el propósito central de dar a los campesinos y a los indígenas nociones de sus derechos, deberes y obligaciones para con el Estado posrevolucionario, pero sobre todo dictarles el modelo de comportamiento que deberían adoptar para hacerse merecedores de la modernidad.

Del discurso vertido en la revista titulada *El Maestro Rural*, que es la base central de su análisis, el autor desentraña la construcción de representaciones sociales que hacen los intelectuales pedagogos. A través del análisis de este instrumento de penetración ideológica, el autor logra desmontar las imágenes, las representaciones y los símbolos que se crean con el objetivo de formar identidad y de construir 'conciencias revolucionarias'.

En oposición a la imagen que tenían de sí mismos—nos dice Guillermo Palacios—los intelectuales definían el imaginario del campesino, el intelectual se concebía a sí mismo como el ser "moderno", "revolucionario", imagen que también le asignaban al maestro rural, mientras que la representación del campesino partía de consideraciones negativas, de carencias frente al "yo revolucionario y occidentalizado", y que lo dibujaba, al igual que al indígena, como si fueran bajorrelieves oscurecidos por la luz

indirecta de la cultura moderna. Luego entonces, este último era percibido como un ser "primitivo", "incompleto" y "salvaje". Pero además tendría otras características como el ser "parrandero", "jugador", "alcohólico", "ignorante", "vicioso" y "fanático", mismas que se pensaba constituían serios obstáculos para el desarrollo de la nueva sociedad. Palacios recupera ambas imágenes en la pluma y el arado, la primera proyecta el imaginario que los intelectuales pedagogos crean de sí mismos, en tanto que en el arado queda representada la imagen del campesino.

Palacios demuestra que entre 1932 y 1934 existen muchas opciones del proyecto cultural destinado a consolidar en el marco de las estructuras simbólicas de la población, en especial de la población rural, el dominio y la legitimidad de un Estado posrevolucionario. En esos años, en que la crisis económica provocada por el *crack* de 1929 se "empalma" con la crisis política subsecuente al asesinato de Álvaro Obregón, el proyecto cultural también entra en tensión; uno de los problemas que había que resolver era ¿qué hacer con el indígena campesino? El dilema era aculturarlo o mantenerlo en la "campesinidad", integrarlo o incorporarlo a la sociedad, disyuntiva no resuelta entonces y que hoy en día aún se encuentra en el centro de la discusión con los levantamientos armados en zonas rurales de Chiapas y Guerrero.

Dentro de la controversia central en aquellos años se fueron definiendo dos tendencias político-pedagógicas: la "productivista" y la "culturalista". La primera consideraba necesario integrar al "campesino revolucionario" al mercado e inculcarle las nuevas tecnologías, por lo que se mira al campesino "como una unidad de producción económica". Mientras que la culturalista, más próxima al populismo y a las posturas de Moisés Sáenz, consideró que había que occidentalizar a las comunidades pero rescatando los valores de usos y costumbres, con el fin de crear una "cultura nacional".

Estas dos corrientes, junto a otras más, expresaron la amplia gama de sentidos que podía tener el "proyecto" cultural revolucionario. Pero esta heterogeneidad fue matizándose conforme fue prevaleciendo la tendencia "productivista", con la línea pragmático-marxista de Narciso Bassols al frente, que coincidió con el rechazo generalizado a la cultura europeizante capitalista y con la intención de rehabilitar la cultura popular depurada que manifestaban otros intelectuales pedagogos de las tendencias más humanistas.

Así, el desencanto social generado por la crisis económica de 1929 condujo al fortalecimiento del nacionalismo, sobre todo en el ámbito cultural, por lo que tanto los "productivistas" como los "culturalistas" coincidieron en la necesidad de rehabilitar las tradiciones culturales indígenas y campesinas, y de apropiarse de la cultura popular, para fortalecer uno de los cimientos de la nacionalidad revolucionaria.

La investigación que hace Palacios no se circunscribe al análisis ideológico del proyecto cultural del régimen revolucionario, lo que le permite vislumbrar una infinidad de categorías, temas y problemas de la esfera cultural, que fueron planteados y discutidos por los intelectuales de las distintas tendencias culturales que existieron en esos años. Algunos de estos problemas en los que incursiona el autor son los siguientes: 1) el análisis del diagnóstico que los intelectuales hacen sobre la vida rural, del campesino y del indígena; 2) la construcción de la representación del maestro y de la escuela rurales; 3) la elaboración de una historiografía posrevolucionaria que se apropia e inventa los mitos, leyendas e his-

torias indocampesinas; 4) la transformación de la cultura campesina para construir una cultura nacional y el problema de su integración o su incorporación a la nación.

Además de los anteriores, la investigación sugiere otros problemas que pueden ser los siguientes: la recepción o el impacto que tuvo este discurso entre las poblaciones campesinas, trabajo que requiere la localización de fuentes que permitan identificar la resistencia, la asimilación y las características que adquiere la política cultural y educativa en la cultura de las comunidades campesinas. Otra vereda de investigación puede ser la observación de los cambios que sufre este proyecto cultural en el periodo cardenista. Un problema más que hay que trabajar es la influencia que tuvieron los ideólogos teóricos de la época en los intelectuales pedagogos mexicanos. Al igual que se podrían conocer las características que adquiere la educación sexual; la educación socialista y el discurso vertido a través de la radio; o bien la violencia que implica la imposición de los hábitos psicoprofilácticos, culinarios y de construcción de vivienda "modernos" en la vida cotidiana de los campesinos; ¿castellanización o educación con la propia lengua de la comunidad?; el teatro y su influencia en la construcción de imaginarios sociales; música, danzas y la concepción de la cultura popular de los ideólogos; apertura del proyecto cultural revolucionario a la influencia de otras religiones distintas a la preponderante en México; mitos y leyendas en la historiografía del régimen cardenista; lecturas y textos sugeridos para los maestros rurales, y por último símbolos gráficos de la educación rural. □